

El Silbido de Edesio Alvarado

por Mario FERRERO

Un día, hace muchos años, aparecí en nuestra cámara familiar de la calle Lira, un muchacho moreno, de mucha cordialidad y gran bigote.

—¿Está fulano de tal?, pregunté.

—Sí, con él habla.

—Vengo a hablar de poesía, dijo.

Y sin mayores preámbulos se sentó hasta la última habitación, que era la mía, se sentó sobre la cama y volvió a preguntar:

—¿Tienes vino?

—No, sólo hay algo de cerveza.

—Tras toda la que tengas, vendré.

Y comenzamos a hablar desordenadamente, con esa espontaneidad de los viejos amigos que se ven por primera vez. Fue una charla inolvidable, en que le dije, entre todo, atascamos a la crítica, nos hablamos de los poetas consagrados y hasta nos propusimos, seriamente, asesinar a Alonso en la noche de un viernes. Por qué tenía que ser viernes, no recuerdo por qué designo sagrado de la sibila.

Acabábamos, ambos, de publicar nuestro primer libro de poesía. Erasmo Jérez, con sus radiante juventud que ahora me avergüenza y, como es lógico, queríamos cambiar rápidamente el mundo. De aquella memorable conversación nació "El Zócalo de las Brujas" y más tarde la Revista "Lagarto", que mantuvo en permanente demanda a buena parte de la literatura chilena de aquellos años.

Edesio Alvarado venía del sur, de la Isla Grande de Chiloé, y aportó a la misteriosa cofradía la hechicera liturgia de los brujos voladores y su singular mitología. Comencé por hacerlos nombrar inventando, a tal otro le dio el título de mariposa y los demás pasamos a ser brujos-águilas, brujos-espumas, brujos-guardianes o brujos-carretillos. El símbolo de la bruja era una escoba, en la que andábamos montados de noche, por plena calle Ahumada, como en el mejor de los mundos.

Lo curioso es que al poco tiempo todos los artistas jóvenes querían ser brujos. Hasta tal punto creció la novedad de la poética, que tuvimos que establecer un severo reglamento y una ceremonia de iniciación no menos complicada, a pesar de lo cual continuaban llegando solicitantes.

La comedia de inauguración de "El Zócalo de las Brujas" se hizo en una penión de mala muerte de la calle Santo Domingo, donde Angel Pizarro arrendaba una pieza. Por aquel tiempo, Pizarro era un próspero vendedor de corbates que abandonó hasta el mostrador

tercer Jorge Sosa, Míndez Carrasco, Rolando Sánchez, Rodrigo Amaro, Reginaldo Viqueza, Roberto Guerrero y el dulce brujo portefe, que por sí solo constituía una sucesión de consecuencias imprevistas. Ramón Carmona Carrasco. Más tarde, cuando el grupo comenzó a hacer noticia nacional, se incorporaron el infatigable Andrés Sabella y los no menos eficientes Franklin Quevedo y Raúl Huerta Falcón.

Pero el que llevaba el panderero era Edesio Alvarado. Había abandonado hacía poco sus estudios de Medicina y estaba dispuesto a seguir a Walt Whitman. He conocido pocas veces con una mayor conciencia del frenesí que Edesio Alvarado. Nunca vivimos la época del "parapadeo", una novela muy extraña de bohemia desenfrenada, exaltación pública y profunda búsqueda intelectual, lo que no era un impedimento para que a menudo fuéramos a parar a la comisaría.

Por lo demás, esto no constituía mayor novedad, ya que "El Zócalo de las Brujas" se reunía en una sala de la Dirección General de Carabineros, que había obtenido en préstamo Juan Virela, por aquel tiempo carabiniere raso y del tránsito. Virela dejaba el pelo escapo de la mesa, se acocaba la guerra en la que cabía toda su familia, tocaba la campanilla y decía, muy solenne: "En el nombre del día Bueno, se abre la sesión".

Algunos descubrí un día que los brujos eran "comendados", lo que determinó nuestro primer cambio de domicilio. Entonces nos fuimos al "Edicula Principal", un elegante restaurant nocturno que dirigían Sergio Briceño y el elego Model. Briceño quería hacer de su localito una Peña Literaria, al estilo de las madrileñas, y no se le ocurrió nada más brillante que contratarnos a nosotros como número de fondo. Nuestra labor consistía en animar la tertulia y darle a la sala un ambiente intelectual, loco e irreverente, tarea que cumplíamos sin ningún esfuerzo, con una dedicación profesional como si nunca hubiésemos hecho otra cosa en la vida.

Allí dieron conferencias Augusto D'Halluin, Edna Casanueva y Mariano Latorre. Los días jueves se hacía teatro de cámara y nosotros leíamos originales en alta voz, o cantábamos en francés. El resultado de tan curiosa innovación culinaria fue la quiche más estruendosa de Sergio Briceño, a la que contribuímos a nuestro pesar. Hubo dos factores negativos que nadie tuvo en cuenta: los poemas de Daniel de la Vega, recitados por el elego Model, y el misterioso desaparecimiento, por dos o

tres, papel primordial Edesio Alvarado, quien terminó por irse al sur con una de las hermanas, dejando al "Zócalo" sin inventar ni campanilla.

Pero no todo era cantar y buena vida en las actividades culturales de la cofradía. Discutíamos día y noche como condenados, leíamos con pasión poesía de todos los tiempos y todas las lenguas, estudiábamos sociología, filosofía del arte, teorías estéticas, historia, metodología crítica, economía y política. Todo lo cual vino a terminar en una violenta posición de insurgencia revolucionaria, es una actitud rememorada que causó exoner a los estudios escritores nacionales. Y que a la postre determinó la disolución, por exceso de madurez, del mentado "Zócalo de las Brujas".

A Edesio se le traguó la tierra. Algunos dije haberlo visto cuando patos silbaban en los alrededores de Calbuco, o arreando pillos cordillera adentro, o navegando, en compañía de chiflotes viejos, por las interminables cañales del extremo sur. Otro comentó que había mucho, que curaba el mal de ojo en Curaco de Vallen, que preparaba tisanas para la talentura de los bebés.

Lo cierto es que un día, sin avisar previo, apareció como redactor político y luego como director de la Revista "Vislumbre". Y que fue a parar a la cárcel por decir la verdad, tan solito de cuerpo como cuando era brujo. Lo fuimos a visitar, en el marco de Capuchinos. Estaba entero y sonriente, rodeado de los admiradores más incondicionales que atendía en una caja especial: políticos de todas las diócesas, alcaldes de pueblo chico, delegaciones sindicales y campesinas, escritores, artistas, y hasta una simpática viejecita que le llevaba de regalo un pollo flamenco y un canasto de tortillas.

En medio de todo este ajetreo, de esta vehemente inerte, se dio cuenta para seguir escribiendo. Pasó de la poesía al cuento, del cuento a la novela, sin dejar un solo día el periodismo. Y comenzó a ganar premios tras premios, hasta llegar en casa de diplomado y medallas de plata. Los libros se fueron acumulando con aguiroza rapidez: "El cecada y el vuelo", "Venganza en la montaña", "La captura", "Los posos del pueblo y el canto del brigadista", "El caballo que toda".

Ahora acaba de publicar otra novela: "El silbido de la escoba". Vendida los críticos y distribuido y aquéllo. Que es un escudo, que es un esteta, que es un filósofo. Para mí sigue siendo el mismo brujo de la juventud, el que una tarde lejano quería hablar de poesía, el que curaba el mal de ojo y ma-

El Silbido de Edesio Alvarado [artículo] Mario Ferrero.

Libros y documentos

AUTORÍA

Ferrero, Mario, 1920-1994

FECHA DE PUBLICACIÓN

1966

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El Silbido de Edesio Alvarado [artículo] Mario Ferrero.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile